

ballos de la seccion de artillería son derribados mortalmente heridos, y como se hallasen nuestras tropas á medio tiro de pistola de las posiciones enemigas, una parte de la brigada Levallant debió establecerse y parapetarse en las casas vecinas, al paso que la otra se vió obligada á abrigarse detrás de un declive, bajo los cañones de la plaza. Mientras esto sucedia, la brigada Mollière combatia con indecible arrojo en la puerta Cavalligieri.

«En dicho punto los coroneles Marulaz y Bouat, de los regimientos 20.º y 33.º de línea, se lanzan impetuosamente seguidos de un centenar de hombres contra la puerta Pertusa. Arrastrados por su ardor llegan á caballo hasta el mismo pié de la muralla, y aprovechan un accidente del terreno para mantenerse en él; mas el número de los romanos, y mas aun las obras acumuladas para la defensa de la plaza, no les permiten continuar con buen éxito tan atrevida tentativa.»

Los defensores de la república romana hicieron una estratagema digna de los hombres que tan mala causa apoyaban. La historia no podrá calificar con otro nombre que con el de traicion el hecho que vamos á referir. El general Levallant hizo un movimiento feliz en su éxito: empero el fuego habia cesado, y los romanos (1) salieron en gran número por la puerta de San Pancracio, agitando pañuelos blancos, y dando repetidos gritos de «¡ Viva la Francia! ¡ viva la paz! ¡somos hermanos!» El comandante Picard creyó de buena fe que se entregaban y facilitaban la entrada en la capital, y juzgando al mismo tiempo que el movimiento verificado en la puerta Angélica habria producido la entrada en la ciudad del General en jefe, se decidió á penetrar él por la de San Pancracio con el objeto de recibir órdenes. Sin embargo, fue previsor, y mandó que su gente permaneciese en sus posiciones. Aprovechando la ausencia de aquel jefe, los romanos, muy superiores en número, rodearon al pequeño destacamento empujándolo hácia Roma, y una vez en ella, desarmaron á todos los soldados y los declararon prisioneros de guerra.

Para conocer exactamente todo lo que ocurrió en estos dias basta leer el siguiente

Parte dado por el Comandante en jefe, relativo á la jornada del 30 de abril, al Ministro de la Guerra.

«Desde el 20 de abril, en el cual el cuerpo expedicionario se hizo á la vela para Civitavecchia, hasta el 28 os he tenido exactamente al corriente de nuestras operaciones, que han obtenido, como sabeis, un gran resultado.

(1) Téngase presente que cuando en la historia de esta revolucion usamos la palabra *romanos* al hablar de los que sostenian la insurreccion, no es nuestro ánimo ofender en lo mas mínimo al verdadero pueblo de Roma, que ni entonces ni en los dias en que escribimos esta obra, y en que se halla dominada la Ciudad eterna por el Gobierno subalpino, ha dejado de ser amante del verdadero y legítimo Rey de Roma el Sumo Pontífice. Saben los romanos que toda la grandeza de su capital es debida al Pontificado, y aman la institucion por lo que tiene de divina, por la honra superior á toda otra que de ella reciben, y porque saben que de ningún otro soberano pueden recibir mayores beneficios que de aquel que es representante en la tierra del que *pasó por todas partes haciendo bien*. Ya hemos manifestado en otro lugar que, con muy raras y lamentables excepciones, eran extranjeros los que dominaban en Roma y se habian impuesto á la poblacion. Si hoy, que están de moda los plebiscitos, pudiese hacerse uno en Roma con toda libertad y sin la presion extranjera, no recibíendose mas votos que los de los romanos, el mundo se convenceria de que el amor al Pontificado tiene muy profundas raíces en la antigua capital de los Emperadores, destinada por orden providencial para sede del Vicario de JESÚCRISTO.

«Acorde con el señor Ministro de Negocios extranjeros me habeis invitado, luego que me hubiese apoderado de Civitavecchia, á marchar sobre Roma para animar á los hombres de bien y para responder al llamamiento de los pueblos.

«Las personas mas eminentes declararon que nuestra súbita é inesperada llegada al puerto de Civitavecchia habia sorprendido y amedrentado. Decian todos que era menester, para evitar el derramamiento de sangre, impedir que se acrecentaran en Roma los medios de represion y de defensa.

«Los oficiales muy inteligentes que habia enviado á aquella capital para estudiar la opinion pública, declararon por su parte unánimemente, que era indispensable y seria suficiente un fuerte reconocimiento sobre Roma, para suspender inmediatamente todos los preparativos de resistencia.

«Era, pues, menester tomar una pronta determinacion, y por lo tanto el cuerpo expedicionario partió de Civitavecchia el dia 28 de abril. El 29 acampó en Castel Guido, sin que hasta entonces aconteciera hostilidad alguna.

«Queriendo cerciorarme lo mas pronto posible de las disposiciones de las tropas romanas, mandé al capitán Oudinot, mi ayudante de órdenes, que fué hasta las avanzadas con algunos cazadores de á caballo. Hallólas á tres leguas de nuestro campamento. Las palabras pacíficas de este oficial son acogidas por una descarga que desmonta á uno de nuestros cazadores. Este hecho aislado no destruye sin embargo toda esperanza de conciliacion.

«Continuamos marchando sin encontrar al enemigo. Tomamos posicion en las colinas que dominan la entrada de la ciudad por la parte de la puerta Pertusa, con intencion de hacer un último llamamiento de conciliacion; mas la bandera roja ondea en todas las fortalezas, ultrajantes provocaciones resuenan por el aire, y la cabeza de nuestra columna se ve acometida por un nutrido fuego.

«Desde aquel momento la metralla, las balas de cañon y la fusilería, no permiten contener por mas tiempo el ardor de nuestros soldados. Á pesar de grandes obstáculos, la brigada Mollière corona las alturas de la derecha y de la izquierda del camino. La infantería y la artillería contestan vigorosamente al fuego de la plaza, pero el enemigo se mantiene detrás de las murallas, mientras que nuestros soldados están á descubierto.

«Para hacer una diversion, mandé á la brigada Levallant practicase un movimiento de ataque hácia un camino de la izquierda que conduce á la puerta Angélica.

«El bizarro oficial que se habia ofrecido á guiar aquella tropa, en vez de tomar el camino que conducia á dicha puerta al abrigo de las murallas, siguió el que iba mas directamente, empero que estaba expuesto al fuego del enemigo.

«El ímpetu de nuestros soldados no se disminuye, y á pesar de que el camino seguido paralelamente se halla poco menos que á doscientos metros de las murallas, combaten con gran temeridad.

«Cási en aquel mismo momento los coroneles Marulaz y Bouat, del 20.º y 23.º de línea, que forman parte de la brigada Mollière, se arrojan con un centenar de soldados de sus regimientos sobre la puerta Pertusa. Llegan al pié de las murallas, y aprovechando cierta desigualdad del terreno se emboscan, pero los trabajos recientemente practicados no permiten el buen éxito de aquella atrevida empresa.

«En vez de pronunciarse los habitantes, se hallan amedrentados por los

refugiados. Las mismas tropas pontificias se ven obligadas á unir su fuego al de nuestros comunes enemigos.

«Algunos batallones enemigos, habiendo probado bajar á la llanura desde el principio de la accion, se vieron obligados á retirarse precipitadamente detrás de sus atrincheramientos, dejando en el campo de batalla un gran número de muertos.

«No era un sitio el que queríamos establecer, sino un formal reconocimiento, que no pudo ejecutarse por cierto mas gloriosamente. Esta operacion demostró hasta la evidencia que solo cesará de peligrar el orden social en Roma cuando estará protegido por el pabellon francés. Mas no era tan solo con una fraccion del cuerpo expedicionario, sino con todos los elementos de accion, con lo que debia obtenerse semejante resultado. Mandé, pues, suspender el combate, y pasé la noche en el mismo sitio donde habia comenzado, sin que un solo soldado enemigo se atreviera á salir de sus reductos.

«Los dias 1.º y 2 de mayo el cuerpo expedicionario tomó posicion en Castel Guido, y recibí la noticia de que algunos destacamentos de la tercera brigada habian llegado á Civitavecchia.

«Para facilitar la concentracion, he establecido la primera brigada en Polidoro, la segunda en el cuartel general en Paolo, donde he constituido un depósito principal desde el cual me hallo en fácil comunicacion por mar y tierra, teniendo una base de operaciones. Además, no hay que temer el menor insulto, porque desde el dia 3 hasta el momento en que os escribo no hemos visto una avanzada enemiga.

«He dispuesto que saliera para Tolon un batallon romano de seiscientas plazas en calidad de prisionero ó á lo menos como rehen. He hecho ocupar un considerable número de armas y de proyectiles, así en los fuertes de Civitavecchia y Paolo como en las torres que protegen la costa.

«Tendré el honor de mandaros sobre esto un estado detallado.

«No terminaré este parte, señor ministro, sin hacer justicia á los cuerpos de todas armas del ejército expedicionario del Mediterráneo por su moral y su admirable firmeza.

«La jornada del 30 de abril es una de las mas brillantes en que han tomado parte las tropas francesas desde nuestras grandes guerras. Si hemos experimentado algunas sensibles pérdidas, hemos ocasionado al enemigo un daño numéricamente mas considerable. Él mismo confiesa haber tenido cerca de doscientos ochenta hombres muertos ó heridos.

«Me he visto eficazmente secundado por los oficiales generales Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, Levailant y Mollière, así como por los jefes de los cuerpos de artillería é ingenieros, el teniente coronel Larchey y el comandante Goury. El subintendente, los oficiales de sanidad y el del cuerpo administrativo militar han contribuido por su parte al mejor resultado.

«Oficiales y soldados, todos han cumplido admirablemente sus deberes. Tendria que consignar demasiados nombres si quisiera citar todos los militares que se han distinguido. Breve seré, no pudiendo señalar tal recompensa á tantos rasgos de valor.

«Me limito á elevar á vuestra consideracion los nombres de los militares de todas las graduaciones que tienen títulos eminentes á esta distincion. Cuanto antes tendré el honor de proponeros el ascenso de muchos militares del cuerpo expedicionario.

«Igualmente pido para algunos de ellos la condecoracion de la Legion de honor ó el ascenso en la misma orden.

«Jamás la recompensa habrá sido tan merecida.

«P. S. — Tan solo por respeto á los monumentos con los cuales se honra la ciudad de Roma se ha contestado al fuego de las baterias enemigas con el cañon. Los obuses han callado. Otra vez no podria repetirse semejante condescendencia. Sin embargo, faltando abiertamente á la verdad, y léjos de apreciarla, estampan en el *Monitor* que nuestros proyectiles han destruido las obras maestras de Rafael.»

El honor de las tropas francesas no habia quedado mancillado, pues, como vimos antes, los que quedaron como prisioneros de guerra fue por efecto de una traicion en las tropas romanas. Los franceses combatieron admirablemente á cuerpo descubierto con un enemigo parapetado tras robustas murallas, mucho mas numeroso, pues constaba de treinta mil combatientes que disponian de poderosa artillería.

Los cirujanos del ejército francés dieron notables pruebas de valor estableciendo sus hospitales de sangre bajo el fuego del enemigo, siendo uno de ellos el Dr. Alfonso Pasquier, jefe de seccion del hospital de la primera brigada, que lo colocó á trescientos metros de la muralla. Entre los eclesiásticos que acompañaron á los valientes soldados y que se distinguieron por su espíritu de caridad y abnegacion se contaron Mons. Luquet, obispo de Hezebon, el abate Cosquer y el abate de Merode.

¿Qué se hacia entre tanto en Roma con los soldados prisioneros? Puede comprenderse suficientemente. No hay que pensar en que cumpliesen las leyes de la guerra: los que se habian valido de una páfida traicion para apresarlos añadieron el crimen á la alevosía. Apenas entraron los soldados en la ciudad empezaron á darse contra ellos gritos de muerte, y algunos de ellos fueron heridos y aun villanamente asesinados. Uno recibió un balazo que le atravesó ambos muslos, dejándole en el hospital por espacio de ocho horas sin que nadie atendiese á curar sus heridas. El comandante Pichard fue conducido á la posada de la Minerva, que se le dió por cárcel, siendo seguido de una turba de miserables. Al verse aquel digno militar privado de su libertad, protestó de aquel acto de deslealtad que le retenia en poder de los enemigos, y prefiriendo la muerte á la humillacion, les decia: «No soy vuestro «prisionero: no es así como se hace la guerra: matadme, ó devolvedme la libertad.»

La república romana recibia continuamente instrucciones secretas de la democracia francesa, interesada vivamente por los asuntos de Roma, que era en aquellos dias el punto donde se hallaban reunidos los revolucionarios que habian sido echados y maldecidos de los diferentes puntos de Italia. Á orillas del Tiber se encontraba lo mas perdido de la Península y aun de otros países para sostener el desorden y la anarquía, que producen siempre los mas tristes y funestos resultados.

En vista de aquellas instrucciones, y temerosos de las represalias que podrian ejercerse en el ejército francés con sus soldados prisioneros, creyeron prudente variar de conducta, y empezaron á tratar con benevolencia calculada á los soldados franceses. Á uno de ellos le decia Mazzini: «Nada teneis que temer: podeis estar seguros que se tendrán con vosotros todas las consideraciones que os son debidas, pues nuestros amigos de París desean que se

establezca entre nosotros una comun fraternidad.—Soy superior al temor, contestó el oficial francés; he cumplido con mi deber.»

Mientras tanto se trabajaba por seducir á los soldados prisioneros, ofreciéndoles dinero y grados si se ponian al lado de la república romana. Ni uno solo prestó oídos á tales exigencias, y todos permanecieron fieles á su bandera.

Á pesar de este cambio de conducta para con los prisioneros, los gobernantes repetian á cada hora sus proclamas y partes, en cuyos documentos no habia una palabra de verdad. Llenaríamos muchos pliegos si hubiéramos de insertar los que tenemos á la vista. Por todos bastará uno. Hase visto el P. S. del parte dado por el Comandante en jefe al Ministro de la Guerra, relativo á la jornada del 30 de abril. En confirmacion de lo que decia dicho Jefe, véase la siguiente proclama de los jefes de la república romana:

«PUEBLO: El general Oudinot habia prometido pagar en dinero contante todos los perjuicios y estragos causados por su injusta agresion... ¡Pues bien! pague, si es que puede, los frescos de Rafael atravesados por las balas francesas! Repare, no los perjuicios, pero sí la injuria hecha á Miguel Ángel! Napoleon enviaba al menos nuestras obras maestras á París, y la admiracion de los extranjeros era para los italianos una compensacion de la conquista; mas el Gobierno francés invade nuestro territorio, y lleva el afecto que á Roma profesa hasta el punto de quererla destruir, antes que dejarnos expuestos al enojo del terrible Zucchi, y á las amenazas de Radetzki y de Gioberti...

«Roma, como Scévola, ha extendido su brazo sobre el ardiente brasero y ha hecho un juramento. Los trescientos amigos de Scévola pusieron en fuga á Porsena... La historia romana no ha terminado aun.—H. Cernuschi, Vicente Cattabeni, Vicente Caldesi.»

No podia darse mayor tejido de calumnias. Ningun monumento histórico habia sido destruido. El General en jefe tuvo el mayor cuidado en ello, como queda demostrado en el documento ya transcrito. Ellos sí que nada respetaban, y si las posiciones hubiesen sido al contrario; si los republicanos de Roma, que tenian interés en presentar á los ojos de Europa al ejército francés como una bandada de bárbaros destructores, hubiesen sido los sitiadores, bien se puede asegurar que sus primeras bombas hubieran ido dirigidas á la gigantesca obra de Miguel Ángel y á los demás monumentos que son adornos de Roma, gloria de las artes y admiracion de propios y extranjeros.

CAPÍTULO XXXI.

LLEGADA DE UNA ESCUADRA ESPAÑOLA DELANTE

DE TERRACINA.

LA Europa católica se hallaba estremecida ante el aspecto que ofrecia la capital del mundo cristiano. El Sumo Pontífice se hallaba expatriado: su poder temporal, hasta entonces el mas fuerte de todos los poderes reales, habia sido derrocado, y la revolucion, que habia llevado á cabo tan sacrilega obra, amenazaba concluir con todas las monarquías tradicionales de la vieja Europa. Los hombres sensatos de todos los países no podian dejar de conocer la gravedad del mal que corroia las entrañas del cuerpo social, que ya por aquellos dias venia presentando la imágen de la corrupcion mas hedionda. Los trabajos revolucionarios hacian que se fuésen disolviendo todos los vínculos de nacionalidad, de religion, y aun de la sangre. Empezaba á levantar su frente esa familia que ya hoy no teme el llamarse públicamente *cosmopolita*, haciendo extinguir en los corazones el fuego del amor patrio que en todas las épocas de la humanidad ha formado héroes admirables, cuyos nombres la historia universal transmite para honrarlos de una en otra generacion. Para llevar á cabo la obra de destruccion, todas las armas eran buenas, y no es la que menos se ha manejado la calumnia. Con admirable destreza y con repugnante osadía la usaban los revolucionarios de Roma. Contra el bondadoso, contra el santo pontífice Pio IX se publicaban las mas infames calumnias, tal vez por los mismos á quienes en los primeros dias de su pontificado habia abierto las puertas de sus prisiones, concediéndoles el perdon y la libertad que habian perdido. ¡Cuánta ingratitud! ¡Cuánta perfidia! Citábanse circulares de Gaeta dirigidas al P. Rossi, en las que se ordenaba á todos los campesinos de los Estados pontificios *que diesen de puñaladas á los enemigos, y dego-*